

quince, y admirábanse las gentes de que un tal jovenzuelo pretendiera un cargo de la importancia del de comandante de la milicia nacional. Sin embargo, el vistoso uniforme de oficial de artillería cautivaba los ojos, y por otra parte, los íntimos de Napoleón aseguraban que, cuando se ponía serio, callaban aun los más osados, reconociendo en él superioridad de dominio. En aquellas elecciones dió constantes pruebas de habilidad y energía. Supo que Peraldi hablaba mal de él, diciendo que era un exaltado peligroso, y por ello le retó en desafío. Peraldi no aceptó el reto, fingiendo ceder á las sollicitaciones de los suyos, y como era muy rico, se valió del dinero para comprar votos que asegurasen su elección y la de Pozzo di Borgo. Napoleón echó mano de lo que quedaba de la herencia de su tío el arcipreste, y también prodigó el oro. Todos los días llegaban á Ajaccio gentes del interior de la isla y Napoleón los hospedaba en su casa, y cuando ya no cabían en los aposentos, habilitaba la escalera para dormitorio, con colchonetas tendidas sobre los peldaños. Se acercaba el día de las elecciones, y desde el 30 de Marzo estaban en Ajaccio los tres escrutadores, que eran: Grimaldi, pariente de Fesch, en cuya casa se hospedó; Quenza, hermano del candidato, que fué á casa de su deudo Ramolino, y Murati, á quien albergó regimiento Peraldi, aprovechándose de que aquél no conocía á nadie en Ajaccio. Napoleón se alarmó al saberlo, porque no le bastaban dos comisarios adictos, y la estancia de Murati en casa de Peraldi suponía que el tercer comisario era del partido de Pozzo di Borgo. Preocupado por ello Napoleón, estuvo paseándose todo el día por sus habitaciones, con idea fija de sacar á Murati de casa de Peraldi. Pero, ¿quién se encargaría de realizar un tan atrevido proyecto, cuyas consecuencias serían graves, dada la sobreexcitación del vecindario? No tardó Napoleón en determinarse. Su pariente Francisco Bonelli, vecino de Bocognano, era hombre extremadamente audaz, y á él acudió Bonaparte para confiarle su proyecto, cuya importancia le puso en evidencia. Aceptó Bonelli el encargo, y á la cabeza de varios montañeses, pagados por Napoleón, allanó una noche la morada de Peraldi, estando éste sentado á la mesa con Murati. El audaz Bonelli dejó á los montañeses en el pasillo de la casa, y, sin hacer caso de la criada, que le preguntaba quién era, entra en el comedor y suplica á Murati que le siga, pues ha de hablarle

en reserva de un asunto muy urgente. Al mismo tiempo invaden el comedor otros tres montañeses armados, para dar á entender con su presencia que el ruego era un mandato á cuyo cumplimiento nadie debía oponerse. Peraldi, levantándose con intento de requerir sus armas, no pudo lograrlo por impedimento de su propia familia, temerosa del enojo de Bonelli. Entonces Murati, con deseo de librar á Peraldi de aquel peligro, y al mismo tiempo de salir por su pie del mal paso, se lanzó hacia el pasillo con propósito de ganar la calle, pero topó con los hombres de Bonelli, que le rodearon, encarándole las carabinas y diciéndole que el teniente Bonaparte necesitaba verle y que les había sido preciso recurrir á tan extrema medida para arrancarle de manos de Peraldi.

Conducido Murati á casa de Bonaparte, salióle Napoleón al encuentro, excusando repetidamente la violencia que se le había hecho, y al punto le invitó á su mesa, y en la conversación le previno con toda franqueza que había sentido infinito la preferencia concedida á los Peraldi, sus enemigos. Respondióle Murati, sin embarazo, que él había ido á casa del primero que se la ofreció, pues á nadie conocía en la ciudad.

Entretanto Peraldi, furioso por lo ocurrido, refería públicamente el agravio recibido de los partidarios de Bonaparte, de quienes prometía vengarse á toda costa. Los peraldistas parecían dispuestos á asaltar la casa de los Bonaparte, pero como Napoleón la había puesto en buen estado de defensa, no llegó la cosa á mayores, gracias á la intervención del tío de Pozzo di Borgo, quien apaciguó á sus amigos, representándoles que la violencia cometida por sus adversarios era suficiente motivo para anular las elecciones en caso de triunfar las candidaturas de Bonaparte y Quenza.

El mismo día de las elecciones sobrevino otro incidente que por poco se muda en sangriento conflicto. Al abrirse el colegio electoral en la iglesia de San Francisco, pretendió Mateo Pozzo di Borgo tomar la palabra, en protesta de la coacción cometida en la persona del comisario Murati; mas apenas pudo pronunciar cuatro palabras del vehemente discurso que tenía preparado, porque los partidarios de Napoleón, incitados por su jefe, que comprendía el daño posible de aquella voz, la apagaron con repetidos gritos de: «¡Fuera!» Y como Pozzo

di Borgo, sin bajar del púlpito convertido en tribuna, esforzaba la voz para proseguir la catilinaria, un bonapartista que se hallaba cerca del orador le tiró bonitamente de los pies, produciéndose con ello una contienda á brazo partido entre ambos bandos, hasta que el de Napoleón logró arrojar á la calle á Pozzo di Borgo, cuyos parciales no echaron mano de las armas por haberseles recomendado de antemano el sufrir resignadamente toda violencia. Hecho el escrutinio resultaron elegidos Quenza y Bonaparte para los respectivos cargos de primero y segundo jefes del batallón de milicianos, y en consecuencia, fueron nombrados oficiales sus más conspicuos partidarios.

Esta elección tuvo consecuencias incalculables para el porvenir de Bonaparte y de Europa entera. El diputado Carlos Andrés Pozzo di Borgo no pudo disimular el despecho que sentía por la derrota de un individuo de su familia. Hasta entonces había cultivado la amistad de Napoleón, de cuya compañía gustaba para hablar de Córcega y de Francia; pero después de las elecciones quedó rota la amistad, y el tiempo fué acentuando su enemiga. Pozzo di Borgo llegó á ser embajador y diplomático prestigioso al servicio de Rusia, y desde tan elevado puesto se aprovechó del conocimiento íntimo que del carácter de Napoleón tenía para asestarle los más rudos golpes que éste había de recibir en su legendaria carrera.

Al punto de elegido, se ocupó Bonaparte en organizar el batallón de voluntarios, pues Quenza sólo podía servirle de estorbo, ya que á éste no le llamaba Dios á la profesión de las armas. El mismo Quenza dejó gustoso que Napoleón cuidara de instruir á los reclutas y designar su acuartelamiento. Pronto el segundo jefe difundió su autoridad por todo el batallón, pues, no obstante su imberbe juventud y aspecto delicado, había tal seguridad en sus palabras y tan serena fijeza en su mirada, que inmediatamente se ganó el temeroso respeto de sus subordinados. En pocos días supieron los soldados manejar el arma y maniobrar ágilmente en masa. Napoleón parecía satisfecho del estado de las tropas, conseguido sin gran esfuerzo, gracias á la firmeza desplegada desde un principio y á su propio método de instrucción táctica, que había tenido felicísimo éxito.



CAPÍTULO IX

EL MOTÍN DE PASCUA

Sobrevinieron en esto una serie de violentos incidentes que agitaron intensamente la ciudad y pusieron varias veces en peligro la vida de Napoleón. Estos sucesos se conocen en la historia de la isla con el nombre de *Motín de Pascua*, cuya determinante fueron los siguientes hechos:

Después de las elecciones de jefes de los cuatro batallones de milicianos, el directorio del departamento los puso de guarnición en las fortalezas de la isla, con especial objeto de custodiar el material de artillería, según decreto de la Asamblea nacional; pero los gobernadores de dichos fuertes rehusaron cumplir la orden, alegando que era ilegal. Estos conflictos ocurrieron en toda la isla, pero más gravemente en Ajaccio, porque Napoleón estaba decidido á instalar sus tropas en el castillo que señorea la ciudad. Otro decreto de la Asamblea ordenaba la expulsión de las comunidades religiosas, y así, hubieron